

Julio Llamazares

hace pensar y hace sentir

escritor leonés, que visitó ENATE, defiende la libertad de cada autor para establecer su compromiso social

Julio Llamazares, escritor y periodista, leonés de nacimiento, es uno de los más prolíficos autores del panorama literario español en la actualidad. Con una fuerte personalidad, se abrió camino por los vericuetos de la poesía y siguió con los géneros del ensayo y la novela, que combina con sus aportaciones periodísticas. Huye de las mitificaciones y abunda especialmente en la importancia del concepto más humanista de su obra, con la que busca “hacer pensar, hacer sentir”. Y considera que, para iniciarse en tareas literarias, el mejor consejo estriba en que cualquier principiante “escriba y tenga paciencia”.





Javier García Antón

Su vida ha marcado su literatura o la literatura ha marcado su vida?

Las dos cosas: la literatura nace de la vida y al mismo tiempo la determina en el caso de un escritor. Evidentemente, mi vida habría sido muy diferente si, en lugar de dedicarme a escribir, me hubiese dedicado a otra cosa.

¿El desarraigo de ver su pueblo inundado por la montaña genera una especial sensibilidad social?

Quizá, pero yo no le daría tanta importancia a ese dato. Conozco a gente en las mismas circunstancias y que han ido por caminos muy distintos.

¿Sus novelas trascienden la ficción para introducirse de pleno en la reflexión sobre la naturaleza humana?

La ficción sin más, el entretenimiento, no me interesan personalmente. Yo escribo para hacer pensar, para hacer sentir, no para entretener a nadie. Tampoco para aburrirle, claro.

¿Por qué esa delicia poética y dura que es “La lluvia amarilla” constituyó un hito en su obra?

No lo sé. Para mí sigue siendo otro misterio. Soy el primer sorprendido, de verdad.

¿Cómo debe ser un escritor comprometido... si es que tiene que serlo?

Cada uno tiene que hacer lo que le parezca. Y un escritor no tiene que comprometerse ni más ni menos que los demás en los problemas sociales. Depende de lo que uno piense.

¿Cómo se consigue tener tanto apego al medio rural y sentir tan pictórica pasión por “El cielo de Madrid”?

Hay mucho de mito en eso. Mi “apego” al mundo real es más literario que vital. Yo vivo en ciudades desde hace mucho.

Años después de estas dos recopilaciones periodísticas, ¿estima que los ciudadanos hoy estamos “En Babia” o que “Nadie escucha”?

Sigo pensando lo mismo: que el mejor sitio para estar es Babia y que nadie escucha a nadie, aunque lo parezca. Por eso escribo, seguramente.

En sus libros de viajes, ¿el placer precede a la literatura que a su vez desemboca en placer compartido?

La literatura de viaje es muy placentera. Se disfruta tres veces: cuando se planea el viaje, cuando se viaja y cuando se escribe el viaje. ¿Se puede pedir más?

Usted ha escrito que el lenguaje es como la prueba del algodón, que no engaña. ¿Cómo está ahora en nuestra sociedad esa prueba?

Pues como siempre. Muy esclarecedora. Mirando cómo hablamos, es fácil saber lo que pensamos. Y por qué.

¿Cómo controla el fuego de las vanidades cuando recibe la retahíla de premios que tiene en su poder?

No tengo tantos, al revés. Posiblemente sea el autor con menos premios de los de mi generación. Entre otras cosas, porque no me presento a ello ni acepto los que me ofrecen. Para mí los premios deberían desaparecer, salvo aquellos

que sirven para descubrir nuevos escritores. Los demás son fuegos fatuos, pompas fúnebres.

Si tuviera que dar un consejo a un principiante en la literatura, ¿cuál sería?

Que escriba. No hay más consejos. Si acaso, también que tenga mucha paciencia.



“La ficción, sin más, el entretenimiento, no me interesan personalmente. Yo escribo para hacer pensar, para hacer sentir, no para entretener a nadie. Tampoco para aburrirle, claro.”



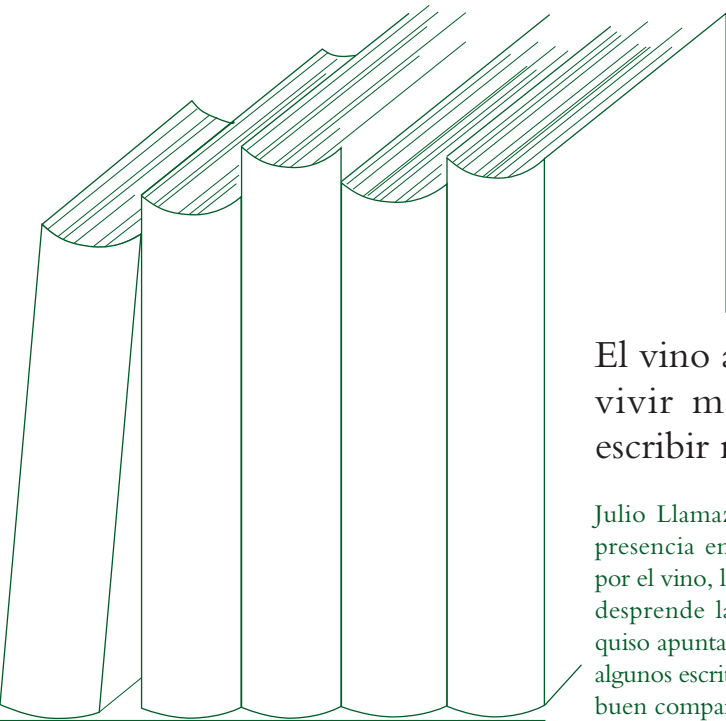
La poesía invade toda su obra

Julio Llamazares nació en Vegamián, un pueblo leonés que poco después quedaría inundado por las aguas del embalse de Porma. Se licenció en Derecho, pero muy pronto decidió que su vocación le conducía por los senderos del periodismo, que ha ejercido en diferentes medios.

Su primera pieza literaria fue el libro de poesía “La lentitud de los bueyes”, en 1979, cuando tenía 24 años, y que ya constituía una reflexión sobre el tiempo y la soledad. Dos años después, publicó el ensayo “El entierro de Genarín, Evangelio apócrifo del último heterodoxo español”. Sus pasos primigenios por la literatura se desenvolvían entre ambos géneros, aunque en 1985 ya editó su primera novela, “Luna de lobos”, que narra las vivencias de unos guerrilleros refugiados en unas montañas que luchan por su supervivencia. Tres años después, uno de sus grandes hitos, “La lluvia amarilla”, toda una crónica de gran lirismo y fantasía que versa sobre la problemática de la despoblación que escenifica en la pequeña aldea de Ainielle, en el Pirineo aragonés.

Su narrativa ha tenido muestras excelentes como “Escenas del cine mudo” o el más reciente “El cielo de Madrid”, con retratos costumbristas de esta era postmoderna en “Modernos y elegantes” (2006). De sus artículos periodísticos, han emergido los ensayos “En Babia” y “Nadie escucha”. Ha escrito libros de viajes como “El río del olvido” o “Tras-os-montes”, y guiones cinematográficos muy celebrados como “Retrato de un bañista”, “El techo del mundo” y “Flores de otro mundo”.

Aunque eluda una atención principal a los galardones, Julio Llamazares ha sido reconocido con premios como el de poesía Antonio González de Lama (ya en 1978), el Jorge Guillén, el Ícaro, los italianos ITAS y Nonino o el de la Semana Internacional de la Crítica en el Festival Internacional de Cannes a “Flores de otro mundo”, dirigida por Icíar Bollaín y cuyo guión fue obra del escritor leonés.



El vino ayuda a vivir mejor, pero no a escribir mejor

Julio Llamazares expresó durante su presencia en ENATE su admiración por el vino, la arquitectura y el arte que desprende la bodega, pero tampoco quiso apuntarse a la idea extendida por algunos escritores de que el vino sea un buen compañero en el momento de la creación literaria.

En su visita a ENATE, manifestó que es una “catedral de la modernidad”. ¿En qué sentido?

En el estricto. Ahora las grandes construcciones son bodegas y museos. Y ENATE conjuga ambas cosas.

Dicen viejos escritores que el vino ayuda a la inspiración y a la creación, ¿qué hay de cierto en esta expresión?
Nada. El vino ayuda a vivir mejor, pero no a escribir mejor. La inspiración, dijo alguien, es el trabajo y yo añado también que la serenidad.